





*El mejor de los mundos posibles*

LITERATURA FANTÁSTICA





KAREN LORD

# EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES

*Traducción de*  
RAFAEL MARÍN



**RBA**





Título original inglés: *The Best of All Possible Worlds*

© Dr. Karen A. R. Lord, 2013.

Publicado de acuerdo con The Cooke Agency International,  
a través de International Editor's Co.

© de la traducción: Rafael Marín, 2013.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2013.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

*Primera edición en esta colección: febrero de 2013.*

REF.: OAFI807

ISBN: 978-84-9006-512-9

DEPÓSITO LEGAL: B-729-2013

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.



PARA DEBORAH, GRETCHEN Y RUTHY.  
SABÉIS POR QUÉ.





## ANTES

Siempre reservaba doce días de su retiro anual para acabar informes y estudios, y eso le dejaba otros doce para todo lo demás. En otros tiempos, había intentado inútilmente marcharse a lugares con los que pudieran contactar desde su lugar de trabajo, pero no había servido de nada. Siempre había alguna crisis, algo para lo que se precisaba su ayuda. A medida que su salario y su sentido común aumentaron, se fue de retiro cada vez más lejos, hasta que por fin se encontró fuera del planeta en templos lejanos donde la regla del silencio y la soledad no podían ser interrumpidas por las tecnologías al uso.

En esa ocasión había escogido Gharvi, un lugar con pequeños edificios de madera dispersos en torno a un enorme templo de piedra, al lluvioso socaire de una cordillera. Un océano interminable, tanto en vistas como en inspiración, corría paralelo a las montañas, y una playa situada entre ambos ofrecía largos paseos a ninguna parte por cada lado. Era un lugar con dos desiertos, decían algunos, pues el mar y la tierra se unían, uno sin límites, el otro estrecho, y ambos sedientos.

En casa había un lugar muy parecido, lo cual probablemente había influido su decisión, pero el cielo era único. La atmósfera tenía el nuboso azul lavanda de un planeta bioformado no hacía mucho tiempo, y el sol era de una brillantez abrasadora. Era tan diferente de los fríos y fuertes azules y de

la suave luz solar de su mundo natal que, durante los primeros días, mantuvo la cabeza gacha y la puerta cerrada hasta la puesta de sol.

Al duodécimo día, cogió su palmar, repleto de tareas ya terminadas, y lo metió en la caja ante la puerta de su ermita. Cocinó y se comió unas lentejas para la cena, durmió a pierna suelta durante toda la noche, y se despertó para prepararse las gachas matutinas. Quedaba un poco de agua del día anterior (siempre había sido frugal), pero para disponer de la suficiente para lavarse tuvo que recurrir al suministro de aquel día que había en la caja. Los jóvenes acólitos del templo siempre ponían suficientes agua y comida en la caja de cada ermitaño antes del amanecer. Les alcanzaba para lavarse, llenar la olla solar con gachas o potaje, y para beber y saciar la constante sed que era la consecuencia natural del aire seco y el silencio. Los acólitos también se llevaban sus palmares y transmitían los contenidos de estos a sus lugares de trabajo.

Pero su palmar estaba todavía allí.

Se detuvo, confuso por aquella desconexión en el orden inmaculado de la rutina del templo. Se quedó mirando la caja intacta. Alzó la cabeza y frunció el ceño mientras contemplaba aturdido la forma achaparrada del templo, vagamente visible a través del calor, la arena impulsada por el viento, y el rocío marino.

Entonces se encogió de hombros y continuó con su trabajo, un poco más sucio, y un poco más sediento, pero convencido de que tarde o temprano tendría una explicación.

A la mañana siguiente, mucho antes del alba, el sonido que hacía la tapa de la caja al cerrarse lo despertó de un sueño inquieto que le había ocasionado la sequedad. Esperó un poco, y luego fue a recoger los suministros y a beber agua en abundancia. Su palmar había desaparecido, y en su lugar había una ra-

ción doble de comida. Ni siquiera se asomó a la oscuridad para ver al acólito rezagado. El orden imperaba de nuevo.

«Dllenahkh, con tu nivel de sensibilidad y fuerza, debes acudir a retiros con frecuencia —le había dicho, hacía mucho tiempo, el hospedero de su monasterio—. Siempre buscas enderezar las cosas, incluso dentro de ti. Un retiro te enseñará una y otra vez que no eres ni indispensable ni autosuficiente».

Por expresarlo de una manera burda: aprende a dejar de entrometerte. El compromiso es importante, pero el despegue también. Se felicitó por la habilidad que había desarrollado para mantener la curiosidad a raya, y se pasó los siguientes días sumido en meditaciones y reflexiones, sin que lo molestaran.

Un día, después de una larga mañana de meditación, sintió sed y decidió coger más agua de su caja de suministros. Salió con el cuenco de cristal en la mano, y lo colocó en el borde de la caja mientras inclinaba la media tapa y buscaba dentro. Con mano firme, sirvió agua de la pesada jarra de cuello estrecho. Con movimientos lentos, se irguió y dedicó un momento de ocioso descanso, con la jarra al descubierto cerca de sus pies, para contemplar el brillo del sol sobre la playa desierta y el océano desierto, y para sentir el frío del agua que se filtraba hacia sus palmas mientras sujetaba el cuenco y esperaba para beber. Sostener un cuenco de agua y marcar el aumento de la sed con placer masoquista era un gesto infantil, pero a veces lo hacía.

Se llevó el cuenco a la boca y disfrutó con la visión de un perfecto instante de océano celeste, de cristal azul brillante y de agua clara antes de parpadear, sorber y tragar.

Cuando trataba de recordarlo después, su mente se detenía muchas veces en ese vívido recuerdo, en la claridad con la que destacaban los colores y en la calmante frialdad del cristal, y

perdía las ganas de continuar. Fue poco después de ese momento cuando el día se volvió horriblemente desordenado.

Un hombre salió del océano, con un brillo oscuro de agua de mar y luz solar en la cabeza. Llevaba un traje de piloto, iridiscente, lustroso y permeable, que se secó tan rápidamente como la piel desnuda con la brisa caliente; pero se recogió el pelo con las manos mientras se acercaba. Chorreaba agua y se lo envolvió en la coronilla con una cinta que llevaba en la muñeca.

Dllenahkh lo reconoció poco a poco. Al principio, cuando apareció la figura, era un piloto; luego, cuando empezó a caminar, se convirtió en un piloto familiar y, por último, con aquel movimiento añadido de las manos en el pelo, vio que era Naraldi, un hombre a quien conocía bien, pero no tanto como para que ello justificase una interrupción tan temprana de su retiro. Abrió la boca para reprochárselo. ¡Seis días más, Naraldi! ¿Qué cosa podía ser tan importante como para que no pudiera esperar seis días más? Eso era lo que pretendía decir, pero lo asaltó otro pensamiento. Incluso para tratarse de un planeta pequeño sin estación de atraque en órbita, era muy poco común que una nave mental se acercara tanto a tierra de modo que un piloto pudiera llegar nadando a la orilla. Aunque conocía a Naraldi, no eran tan íntimos como para concederle una visita a esas horas y en ese lugar.

El piloto redujo el paso y lo miró inseguro con ojos que lloraban por la irritación del agua salada.

—Ha sucedido algo terrible —se limitó a decir Dllenahkh. Naraldi se frotó la cara mojada y no respondió.

—¿Mi madre? —Dllenahkh se apresuró a romper el silencio. El miedo se volvió frío y pesado en su estómago.

—Sí, tu madre —confirmó Naraldi con brusquedad—. Tu madre, y mi madre, y... Todo el mundo. Nuestro hogar ya no existe. Nuestro mundo ha...

—No. —Dllenahkh sacudió la cabeza, más incrédulo que inquieto por la amargura y la premura de las palabras de Naraldi—. ¿Qué estás diciendo?

Recordó que todavía tenía sed y trató de alzar de nuevo el cuenco, pero las manos se le habían quedado heladas y entumecidas. El cuenco resbaló. Lo agarró, pero solo consiguió desviarlo, de modo que golpeó con fuerza contra el costado de la jarra y se rompió justo a tiempo de lastimarle los dedos extendidos.

—Oh —fue todo lo que pudo decir. El corte fue tan limpio que no sintió nada—. Lo siento. Déjame...

Se agachó y trató de recoger los fragmentos más grandes, pero no pudo evitar resbalar hacia un lado y apoyarse en una rodilla.

Naraldi se apresuró a ayudarlo. Agarró la ensangrentada mano derecha de Dllenahkh, se quitó la cinta del pelo y envolvió con la tela el puño de Dllenahkh.

—Sujeta fuerte —ordenó, mientras guiaba la mano derecha de Dllenahkh para que atenazara su muñeca—. No lo sueltes. Iré a buscar ayuda.

Echó a correr por la playa, hacia el templo. Dllenahkh se sentó con cuidado, lejos de los trozos rotos de cristal, y sujetó obediente. La cabeza le daba vueltas, pero experimentó un pequeño consuelo. Al menos, durante el tiempo que Naraldi tardara en regresar, recordaría las palabras del hospedero: no sería curioso, no buscaría el conocimiento, y no se preocuparía por cómo enderezar su mundo demolido.

## EL MEJOR DE TODOS LOS MUNDOS POSIBLES

Recuerdo cuando llegaron los sadiri. Nos congregamos en la puerta para saludar su llegada y, a decir verdad, para curiosear un poco. Los sadiri se consideraban a sí mismos la cúspide de la civilización humana. ¡Imagínenlos asentándose en Cygnus Beta, un estercolero galáctico para pioneros y refugiados! Bueno, parecía que estos, al menos, estaban dispuestos a romper el molde. Pero claro, muchas cosas se habían roto sin que fuera posible repararlas, y a veces tiene más sentido crear algo nuevo.

Casi parecían cygnianos (los ojos, el pelo y la piel pertenecían más o menos al espectro del marrón), a excepción de la brillante iridiscencia del cabello y un brillo más sutil en la piel que solo se advertía a plena luz del día. Como era la estación seca, había luz de sobra. Salían al sol y parecían aliviarse con el calor. No me digan que no: ese estereotipo de los «impasibles sadiri» no es más que una chorrada. Tienen lenguaje corporal. Tienen expresiones. El que no expresen a gritos sus emociones, como hace la mayoría de la gente, no quiere decir que no las tengan.

Los parlamentarios les dieron la bienvenida, formal pero breve, y los llevaron a sus mansiones con buen estilo diplomático. Todo el mundo sentía lástima de los sadiri en aquellos primeros días, y tal vez todos estábamos demasiado orgullosos de nosotros mismos por darles cobijo. Cygnus Beta no es una

colonia rica, ni mucho menos, pero comprendemos los desastres de la huida de la guerra y la enfermedad, y de luchar por encontrar un lugar donde te quieran. Mucha gente actúa como si la desgracia fuera contagiosa. No quieren exponerse a ella demasiado tiempo. Te aceptan y hacen todos los gestos y sonidos adecuados, pero cuando pasan los meses y siguen todavía en su casa o en su ciudad o en su mundo, la bienvenida empieza a difuminarse un poco.

Eso lo comprendíamos, y quizá también estábamos haciendo una declaración de intenciones. No hay ningún grupo en Cygnus Beta que no pueda rastrear el origen de su familia y relacionarlo con alguna catástrofe de alcance mundial. Sin tierras, sin parientes, no deseados... En teoría, los sadiri encajarían bien.

Eso era lo que yo creía el día en que llegaron los sadiri. Apenas presté atención cuando mi amiga Gilda me dijo:

—¿Pero dónde están las mujeres?

Tendría que haber prestado atención.

No es que no vengan a Cygnus Beta grupos compuestos solo por varones. La gente envía muchas veces a los más fuertes e intrépidos para establecer cierto nivel de comodidad en los asentamientos antes de traerse al resto de la familia; en algunas culturas, eso quiere decir solamente hombres. La realidad de la sociedad cygniana es que esos hombres suelen asentarse con alguien que ya está allí, porque, permítanme que lo diga, no hay ninguna relación a larga distancia que sea como la interestelar, sobre todo cuando estás aislado en una roca donde comunicarte con el resto de la galaxia implica que las transmisiones tengan una tardanza de varias semanas en el espacio real desde el satélite de largo alcance más cercano. Pero... ¿hombres sadiri? ¿El epítome de la moralidad y la tradición, eruditos demasiado absortos en sus ejercicios mentales como

para sucumbir a los instintos más primarios? Era difícil imaginarlos volviéndose nativos como la mayoría de los chicos de frontera.

Por suerte para mi curiosidad, estaba en situación de averiguar algunas cosas sobre ellos. Soy segunda ayudante de la biotécnico jefe de la provincia de Tlaxce, lo que significa que puedo viajar mucho porque se trata de la provincia más grande, y también la que tiene mayor número de asentamientos nuevos. Hay muchas colonias sadiri en otros mundos. Además (y mantengan esto en secreto, por favor), siento una especial debilidad por los lenguajes. Lenguajes antiguos, lenguajes nuevos, lenguajes inventados... Lo que sea: esa es mi afición. Además, ya chapurreaba el sadiri, así que era inevitable que me encargaran el trabajo de enlace de los departamentos de Salud Pública y Agricultura.

Mi homólogo era la alegría de la huerta. Nada de chismes, nada de perder el tiempo. Yo aparecía en su despacho, él repasaba brevemente conmigo el orden del día, y allá que íbamos en un vehículo de tierra, a realizar nuestras inspecciones. No hace falta decir que su dominio del idioma estándar era mejor que mi sadiri, así que muchas veces yo me dedicaba a escuchar mientras él hablaba con los granjeros, y después me hacía un resumen para que no me perdiera nada. Yo no esperaba que hablaran estándar conmigo. Cuando han estado a punto de exterminarte, el lenguaje es la primera cosa a la que te aferras, una de las principales señas de identidad.

Un día, mientras volvíamos a su despacho, tuvo lugar una conversación muy interesante.

—Dllenahkh —le dije (aprender a pronunciar su nombre había sido todo un desafío, pero cuando utilicé una «dl» zulú y una «ch» escocesa le pillé el truco)—, cuénteme cómo podemos ayudarlos a largo plazo. ¿Qué tipo de asentamiento pla-



nean establecer? Comprendemos que su objetivo es mantener viva tanto de Sadira como sea posible. ¿Necesitan plantas sadiri? ¿Variantes resistentes cruzadas con la flora indígena, o especialidades de invernadero en biodomos? Podemos pedirles todo lo que queramos a los bancos de semillas galácticos, o incluso comprobar con Nueva Sadira qué cepas están desarrollando.

—Gracias, segundo ayudante Delarua, pero de momento nos basta con ajustarnos al entorno y ser autosuficientes con lo que tenemos a mano. Examinaremos con más atención nuestros objetivos a largo plazo cuando terminemos la fase inicial.

He de confesar que me gustaba escuchar a Dllenahkh. Tenía una voz muy suave, grave, lenta y muy precisa. Era una voz que cuadraba con su meticulosidad y profesionalismo. Ojalá yo tuviera una voz que cuadrara con lo que hago. Me han dicho que hablo como un gallo demasiado nervioso cuando empiezo a hablar de mi trabajo.

—No obstante, hay un tema en el que pueden ayudarnos —continuó Dllenahkh—. Nuestra comunidad está relativamente aislada, y se ha sugerido que sería adecuado que aprovecháramos la oportunidad para conocer otras culturas de Cygnus Beta. Para participar. Para... mezclarnos.

Empleó el estándar para decir esto último, pues no había ningún equivalente exacto en sadiri capaz de expresar la frívola intención que ocultaba esa palabra.

—¿Mezclarse? —repetí con incredulidad.

—Sí. Mezclarnos. Aunque queda mucho por hacer, empezamos a sufrir la falta de estímulo mental. Cygnus Beta es célebre por tener algunas de las culturas más complejas y vibrantes de la galaxia. Sería adecuado estudiarlas.

Lo miré de reojo. Llevaba con los sadiri el tiempo suficiente para saber que, cada vez que empiezan a decir que algo es «ade-

cuado», se trata o bien de algo que no van a decirte, o bien de algo que no admiten ante sí mismos. Dllenahkh había dicho «adecuado» ya dos veces.

Él me miró del mismo modo, con lo que he aprendido que es su tipo de humor.

—¿Y bien? ¿Tiene alguna recomendación?

—¿Tengo alguna recomendación para que los muchachos sadiri pasen una noche fuera? —me encogí de hombros, sonreí, y me permití una carcajada—. Ya se me ocurrirá algo.

Y así fue. El Ministerio de Cultura tiene todo tipo de programas, y conseguí que alguien preparara un paquete que incluso los sadiri pudieran disfrutar. Pero, gente, esto es Cygnus Beta. Sí, tenemos unas cuantas ciudades grandes y varias medianas (no somos todos unos palurdos campesinos, vagabundos y aventureros), pero hay pocos artistas y actores profesionales, y pocos museos y teatros de nivel galáctico. Tan solo no podemos permitirnoslos. Es cierto que la mayor parte de la acción sucede en el cinturón urbano, pero a menudo hay grupos de artistas que van de gira y tientan su suerte. En algunos sitios les pagan en créditos, y en otros, en especie. Hablé con uno de los actores que alababa la dicha del camino, y cómo había hecho un mapa cuyas localizaciones marcaba en función de la excelencia de sus productos particulares: los mejores vinos y licores, por supuesto; los mejores panes; la mejor carne curada y el mejor pescado ahumado, y las hierbas más fragantes para usarlas como incienso y para fumar. Le dabas un nombre y podía decirte dónde conseguirlo.

Debería señalar que «aficionado» o «semiprofesional» no significa «de baja calidad». Significa «calidad variable». Te encuentras actores serios junto a aspirantes diletantes porque las compañías de teatro tienen que aceptar la gente que vayan encontrando. El mejor rey Lear puede ser el guardia de seguridad

de una pequeña sucursal de un banco de pueblo. Solo disfruta de dos o tres semanas libres para sus representaciones, y luego vuelve el suplente..., que es el muy diligente pero no tan buen actor amigo del director, y ya retirado.

Le ofrecí dos opciones: o bien una serie de excursiones de un día al cinturón urbano, o bien visitas a las granjas sadiri por parte de algunas de las compañías que estaban de gira.

—Ambas —dijo Dllenahkh.

—¿Ambas? —repetí, alzando una ceja, mi tono de voz más seco que sorprendido.

Él alzó a su vez una ceja.

Pues ambas.

He mencionado antes a mi amiga Gilda. La quiero con dulzura, pero juro que es una mala influencia para todo el mundo. Sospecho que tres de sus cuatro hijos no son de su marido, y que él lo sabe pero no le importa. Lo tiene tan sometido que debe de contar con más de un zhinuviano entre sus antepasados. Frecuenta tres grupos principales, y trata de molestarlos a todos. Aburre al grupo de las amas de casa con su investigación científica, cabrea a sus amigos de bebida con sus historias domésticas, y escandaliza a sus colaboradores (y ahí entro yo) con sus escabrosas escapadas sexuales.

De modo que Gilda se alegró al enterarse de que los sadiri iban a salir, porque también quería «la oportunidad de conocer otras culturas», si entienden lo que quiero decir. Insistió en ser la coordinadora y guía. Al principio me alegré cuando me quitó ese peso de encima, porque así podría volver a asuntos corrientes, pero se trataba de Gilda, y algo me dijo que investigara más a fondo.

—Bueno —le pregunté en la oficina cuando estableció las primeras giras teatrales—, ¿cuál es la cartelera de este viaje?

—*Grease: el musical espacial, Tito Andrónico* y ese nuevo

monólogo de Li Chen donde se pasa los diez primeros minutos caminando de un lado a otro del escenario en silencio, y luego se sienta en un sillón de inspiración Bagua en el centro y se pone a tocar las flautas uilleannas.

—Aie-yi-yi —canturreé con tristeza—. ¿Quieren que nos pongan verdes?

—Nos pondrán verdes de todas formas. Ellos son sadiri, y nosotros terrestres... Bueno, terrestres en la mayor parte. Juzgar a otros humanos y considerar que son inferiores es lo que hacen los sadiri.

Y eso no le molestaba lo más mínimo.

Al principio no dije nada. Estrictamente hablando, era cierto. Los sadiri y sus flotas de naves mentales habían sido el núcleo duro de la ley galáctica, la diplomacia y los descubrimientos científicos durante siglos. Aunque otros humanos les guardaban cierto rencor, yo sabía que no era la única persona que esperaba para sus adentros que la versión reducida de su gobierno fuera igual de efectiva dirigiendo la flota. A nivel personal, no había advertido ninguna actitud de superioridad en Dllenahkh, pero cuando se tenía en cuenta que su planeta natal estaba envenenado por sus propios primos cercanos, los ainya, bueno... Eso no les dejaba mucho terreno para mirar con desprecio a los demás, ¿no? Antes de que pudiera expresar en voz alta ese pensamiento, tosieron con suavidad en mi puerta.

—¡Dalenak! —saludó Gilda, jovial. ¿Cómo conseguía Dllenahkh no dar un respingo ante la atroz pronunciación de esa mujer?—. ¿Viene al viaje inaugural?

Dllenahkh le dio las gracias con cortesía, y dijo que no, que solo había venido a hacerme una consulta referida a los cultivos hidropónicos de las granjas de la zona suroccidental, que habían experimentado algunas dificultades. Ella captó la indi-

recta y se marchó para que yo pudiera cerrar la puerta y hablar con Dllenahkh en privado.

—Creía que mentir no era propio de los sadiri —empecé a decir. Entonces lo miré con más atención—. ¿Dllenahkh? ¿Quién le ha golpeado?

—Es un asunto interno que ya está resuelto —respondió él.

Fruncí el ceño, pero no podía decir nada al respecto. Parecía... deprimido.

—Parece usted distraído. ¿Qué le trae a la ciudad si no es la gira teatral de Gilda?

—Hay un emisario del gobierno de Nueva Sadira que viene de visita. Hemos concertado una reunión para mañana.

Eso seguía sin explicar qué hacía Dllenahkh en mi oficina.

—¿Le gustaría venir conmigo al Museo de Historia? —pregunté.

—Sí —respondió él, algo ausente—. Eso sería muy interesante.

Fuimos caminando. Yo guardé silencio, esperando que Dllenahkh me hablara.

Él esperó hasta que pasamos los expositores geológicos y entramos en la Sala de Nombres antes de empezar a hablar.

—¿Sabe por qué vinimos a Cygnus Beta? —preguntó.

Lo miré. Sus ojos miraban al frente, a los escritos grabados en la pared de granito.

—Vinimos a buscar a los tasadiri —volvió ligeramente la cabeza y me miró—. ¿Sabe de quiénes hablo?

—Sadiri que no practican las disciplinas mentales —repliqué de inmediato—. Dejaron Sadira y fundaron Ain, y unos pocos se asentaron en otras partes de la galaxia. Pero no fundaron Cygnus Beta. Ya estaba aquí.

—He oído hablar de los seres a quienes llaman ustedes los Cuidadores.



Lo dijo con neutralidad, y me alegré de la pequeña cortesía. Hay quien piensa que el concepto de los Cuidadores es solo otro de esos mitos de guardianes salvadores con los que sueñan las sociedades primitivas para enfrentarse a la incertidumbre del universo.

—Sí —dije con firmeza—, son los auténticos fundadores de Cygnus Beta, pero reconocemos a otros pobladores anteriores; sobre todo terrestres, es cierto, pero también ntshune, zhinuvianos y tasadiri.

—Hay fuertes cepas psiónicas y protopsiónicas en sus antepasados —advirtió él—. Fue otro de los motivos por los que decidimos venir aquí.

Me pregunté adónde quería ir a parar.

—¿Entonces qué ocurre, Dllenahkh?

Él se encogió de hombros. Estaba claro que se trataba de asuntos privados.

—Existe una falta de consenso en lo referente a nuestro rumbo. Lo que más nos preocupa es, por supuesto, asegurar el futuro de nuestro pueblo, pero hay disputas acerca de cuál es el mejor modo de lograrlo. Hay quien considera que el curso de acción más efectivo sería preservar el poso genético y la integridad cultural. Con tan pocos supervivientes, cada uno de nosotros sería necesario para que esta empresa tuviera éxito. Otros creen que la mejor opción sería negociar con los ainya con la mirada puesta en la futura integración de nuestras tribus.

—Pero tal vez ese fue su motivo para... hacer lo que hicieron —dije con torpeza—. Nunca tuvieron el nivel de influencia galáctica del que gozaron ustedes. ¿No sería la integración una manera de darles lo que quieren?

Él hizo una pausa.

—Sí —dijo por fin—. Muchos de nosotros lo vemos así. Sin embargo, desde la perspectiva ainya, expulsamos a sus an-



tepasados y les negamos sus derechos de nacimiento; de ahí el orgullo con el que reclaman su parte de responsabilidad en nuestra caída. Tal vez no deseen vernos solo humillados, sino también destruidos por completo.

Suspiró y continuó.

—Se ha propuesto una tercera vía: colonias de híbridos seleccionados para las tendencias físicas y las habilidades mentales sadiri, y educados según los valores y tradiciones sadiri.

Una sonrisa amarga asomó a mis labios. Terrestres: el caldo de pollo de todas las sopas genéticas humanas de la galaxia. La Tierra era el más reciente de los mundos creados, y los terrestres, la raza de humanos más joven de la galaxia, pero lo que les faltaba de tecnología y desarrollo mental lo suplían con su puro potencial evolutivo. Otros humanos los despreciaban y los miraban por encima del hombro, pero bastaba con mencionar el vigor híbrido para que, de repente, los terrestres se volvieran muy populares. Por supuesto, dado que la misma Tierra estaba todavía sometida a embargo, Cygnus Beta recibía toda la atención.

—Y entonces ¿qué tipo sadiri es usted? —le pregunté—. ¿De la segunda vía, o de la tercera?

Su rostro se detuvo en ese gesto que yo había aprendido a interpretar como de profunda incertidumbre.

—No se ha tomado ninguna decisión todavía. Somos una reserva.

Ladeé la cabeza y lo miré con el ceño fruncido, sin entender.

Me lanzó una breve mirada, y entonces parpadeó y volvió a apartar la mirada como si se sintiera profundamente avergonzado.

—Como muchos de nuestros puestos extraplanetarios están ocupados por hombres, sobrevivieron al desastre más va-

rones sadiri que hembras. Esto ha creado algunas... perturbaciones en nuestras habituales costumbres en materia de vínculos. Por este motivo, el exceso de varones se envió a esta colonia. El Consejo de Ciencia de Nueva Sadira considerará prioritario que nazca el mayor número de hembras lo antes posible. Dado nuestro lapso de vida, es posible que puedan ser nuestras futuras esposas.

Reflexioné sobre lo que acababa de decir, y advertí la verdad que encerraban sus palabras. La mayoría de los sadiri de Cygnus Beta eran, para sus baremos, muy jóvenes. ¡Pero qué inquietante y extraño era pasarse décadas en una especie de remoto estante genético esperando el turno de contribuir clínicamente a la expansión de la especie!

Le dije a Dllenahkh algo por el estilo. Él me hizo saber que mis puntos de vista eran inadecuados. Me callé la boca.

La Sala de Nombres es un lugar muy complicado. La parte obvia son las paredes con los nombres de las mil naciones moribundas que vinieron o fueron traídas aquí, pero también hay un grave susurro de mil lenguajes extintos, la ocasional vaharada de humo, incienso o perfume de diversos rituales medio olvidados, el gemido lejano y el sonido agudo de antiguos instrumentos que nadie sabe fabricar ya. Es un lugar muy adecuado para reflexionar sobre el futuro de todo un mundo, pero también es un poco deprimente.

—¿Qué cree que va a decir el emisario? —pregunté.

Dllenahkh no dijo nada. Tal vez no lo sabía. O tal vez lo sabía, pero no me lo iba a decir.

—Vayamos a almorzar —dije.

Después de eso volvimos a nuestra rutina habitual, lo que quiere decir que todo fue trabajo. Yo sabía que los granjeros sadiri



continuaban con su exploración cultural, visitando las ciudades y otras provincias y permitiendo a su vez que los visitaran. Parecía que, en efecto, tomaban nota de cómo se habían adaptado diversas culturas a las condiciones sociales de Cygnus Beta. De este modo, incluso lo que parecía tener fines recreativos tenía también algún elemento de estudio antropológico. No profundicé en el tema, y aunque el emisario sadiri regresó para realizar otra visita unos meses más tarde, no le pregunté a Dllenahkh al respecto.

Gilda, por otro lado, fue una fuente de información. Me llamó a mi mesa un día, demasiado nerviosa e impaciente para recorrer los pocos metros que la separaban de mi oficina.

—¿Te has enterado de la noticia? Han puesto a Ain en cuarentena. Nada entra, nada sale.

Eso me llamó la atención. Lo dejé todo y me acerqué más al monitor.

—¿Qué? ¿Ha dado ya el tribunal su veredicto?

Gilda parecía muy tranquila, algo que en ella era enormemente inusitado.

—El juicio no ha terminado, pero Ain está incomunicada.

—Eso es imposible —repliqué—. El embargo terrestre funciona porque podemos ver todo lo que hacen, y mostrarles lo que queremos que vean. La tecnología de Ain es demasiado avanzada. Tal vez lo hayan hecho ellos mismos. Tal vez se estén ocultando.

Ella hizo una mueca de desdén.

—No están tan avanzados. La gente dice que han sido los Cuidadores. Personalmente, me alegro. Sadira no va a ser más que roca estéril durante mucho tiempo.

Abrí mucho los ojos y sentí un escalofrío de emoción. ¡Los Cuidadores! Era como si los ángeles hubieran bajado para vengar a los sadiri.

—Supongo que no les gusta que la gente deshaga su obra. ¿Cómo les ha sentado a los ainya que están fuera del planeta?

Gilda mostró una sonrisa irónica.

—Ahí está la gracia. Sabes que solo hay dos flotas con naves capaces de viajar hasta Ain.

Me reí a desgana. Ella se refería a los zhinuvianos, que te cobraban un ojo de la cara por el pasaje, y los sadiri, que... bueno... no tenía muy claro qué harían, pero muchas agallas debería tener cualquier ainya para acercarse ahora a un piloto sadiri.

El secuestro de Ain era un cambio importante en más de un sentido. Aunque hay mala sangre entre Ain y Sadira (mucho mala sangre), yo tenía la vaga esperanza de que pudieran unirse después de una generación o dos, aunque solo fuera por necesidad. Parecía que las opciones se habían reducido de tres a dos, y no tenía ni idea de dónde dejaba eso a los sadiri. Nueva Sadira era un planeta pequeño, un antiguo puesto de avanzada científico que había obtenido un inesperado ascenso de categoría. Serviría para cobijar a una población que había experimentado una reducción drástica, pero como no tenía ni los recursos ni el tamaño necesarios para sustituir adecuadamente a Sadira, los sadiri se verían obligados a decidir sobre su futuro más pronto que tarde.

Era difícil saber qué planeaban hacer. Algunos de los sadiri estaban mezclándose sin tapujos: de hecho, dada su juventud, incluso se podría decir que estaban experimentando. A juzgar por la severidad de la expresión de Dllenakh cuando escuchaba algunos de los relatos más divertidos, detecté que los sadiri mayores del grupo apenas toleraban aquella conducta. Pero ¿qué podían hacer? ¿Expulsar a los más jóvenes? Todo sadiri capaz de procrear era precioso, y cualquiera de ellos podía regresar al redil más tarde, sin que importara qué decisión tomaran con respecto a su tragedia compartida.

Dicho esto, apenas un par de meses después de que se cumpliera un año de su llegada me encontré en la nada envidiable tesitura de que mi jefa me enviara a «averiguar qué está pasando con esos sadiri». Decidí hacer un largo viaje por carretera para abordar el tema con Dllenahkh, razonando que si estábamos en mitad de ninguna parte, no tendría ningún sitio adonde huir. Para protegerme, desconecté el autopiloto y navegador y conduje el vehículo de tierra.

—Tengo entendido que hay un pequeño *boom* de natalidad entre los sadiri —dije con delicadeza, manteniendo la vista puesta en la carretera mientras maniobraba entre los primeros baches, que eran el resultado del fuerte inicio de la estación de las lluvias.

Los dientes de Dllenahkh chasquearon cuando rebotamos por el terreno en mal estado.

—Eso parece —acabó por decir, con las mandíbulas apretadas.

—¿Supone una indicación...? —empecé a decir. Luego me corregí—: ¿Significa eso que se ha escogido una vía?

El silencio continuó tanto tiempo que llegué a la triste conclusión de que había tentado demasiado mi suerte. Entonces Dllenahkh habló, como si estuviera algo dolido.

—Ha habido pocas opciones en lo que se refiere a esos nacimientos. Tres de los padres han sido incapaces de conseguir nada más que derechos de visita, mientras que un cuarto ha perdido la custodia única. Dos están en una situación particularmente difícil: sus hijos han sido reconocidos por otros hombres y los están criando sin que se reconozca su herencia. Solo en un caso se ha formado algo parecido a un vínculo, y a ese hombre lo han secuestrado para trasladarlo a la casa de la madre de su hijo, donde vivirá, sin duda, según la cultura del pueblo de ella.

Silbé. Si aquellas historias se añadían a las que ya había escuchado, aquello suponía más nacimientos y muchos menos matrimonios de lo que esperaba.

—Lo que me está usted diciendo es que los están manipulando, utilizando y rechazando. Son buenos para echar un polvo, pero no lo suficientemente buenos como para casarse. Sangre nueva. La nueva moda en la ciudad. Los...

—Sus observaciones —dijo Dllenahkh, en tono tranquilo pero aplastante— no son particularmente bienvenidas en este momento.

Sentí auténtico rubor.

—Lo siento. Me he dejado llevar. El caso es que... siempre hemos sido una sociedad matriarcal. Los padres cygnianos tienen poco que decir en lo relativo a los niños. Creía que eran conscientes de ello.

Continuamos en silencio mientras yo me concentraba en una desagradable parte resbaladiza de la carretera. En un momento determinado, Dllenahkh tuvo que bajarse y empujar el coche a través de un charco de barro antes de que yo pudiera encontrar asidero en terreno más firme. Volvió a subir, y colocó las botas de trabajo llenas de barro en el centro de la alfombrilla con fastidiosa precisión. Había sido una diversión trivial pero bien recibida que había aliviado parte de la tensión del ambiente.

Mis pensamientos vagaron mientras trataba de pensar en qué decir, y entonces, por supuesto, mi subconsciente se hizo cargo.

—«Eran morenos, y de ojos dorados» —citó con tono ensañador.

—La referencia se me escapa.

—Es una obra clásica de ciencia ficción que trata de unos terrestres que van a colonizar Marte. Pero... Marte los coloni-

za a ellos. Los convierte en marcianos morenos de ojos dorados que son idénticos a los extintos pueblos indígenas. Le digo que si creen que pueden colonizar Cygnus Beta y convertirlo en Sadira, siglos más tarde todo lo que tendrán es una leve tendencia a lucir un pelo brillante y la forma de hablar pedante en el tronco común cygniano. Oh, Dllenahkh, lo siento mucho. Intenté advertirlos.

—No recuerdo...

El asunto era demasiado serio como para hacer varias tareas a la vez. Aparqué a un lado, corté el contacto del vehículo de tierra y lo miré a la cara.

—Le pregunté qué querían a largo plazo. ¿Quieren ser todo-sadiri o sadiri-cygnianos? Porque si lo que quieren es lo primero, están haciendo justo lo contrario.

Él inclinó la cabeza, abatido, que es lo más cerca que un sadiri puede estar de expresar un gemido de angustia.

—No sé qué queremos. Solo deseamos sobrevivir, e intentamos hacerlo por todos los medios posibles.

Cerré los ojos, sintiendo una puñalada de soledad. Si puedo burlarme de Gilda diciendo que tiene un gen zhinuviano dominante en su composición, entonces también he de admitir que puede haber demasiado ntshune en mis orígenes. Y Dllenahkh se sentía solo, no era ningún error. Brotaba de él como bruma y se posaba en mis huesos con un dolor tan insistente como el de una vieja herida. Era muy inquietante.

—Muy bien. Tienen que coordinarse con el Ministerio de Planificación y Mantenimiento Familiar. Pero, Dllenahkh, tienen que partir de cero, nada de estos pudores juveniles... perdón, condicionamientos culturales sobre los detalles del matrimonio y las costumbres afectivas sadiri, y nada de planes encubiertos para seducir y adoctrinar a mujeres sobre el estilo de vida sadiri. Sea sincero. Quiero decir que han elegido el lu-

gar adecuado. Ya tenemos una mentalidad de ordenar esposas a la carta, y llevamos siglos fecundando de manera selectiva. ¿En qué otros lugares se podrían producir tantos nacimientos en tan corto espacio de tiempo?

—Eso es verdad —dijo Dllenahkh, con lo que pareció un atisbo de esperanza.

—Además, pueden quedarse con las dos cosas: tomar una esposa cygniana de corta vida durante la primera parte de esa larga vida suya, y luego irse a casa con sus niñas-esposas y fundar una nueva familia de pura sangre sadiri. Solo sean... respetuosos. Sinceros. ¡Y dejen de pensar que son los superiores! ¡Solo son otra gota en nuestra laguna genética! Todos descendemos de pueblos que se creían reyes y dioses, y que al final descubrieron que no eran casi nada. No permitan que les pase a ustedes.

Él permaneció sumido en escarmentado silencio durante un rato, y luego dijo con humildad:

—Lo que dice tiene su mérito. Discutiré las posibilidades con nuestro consejo local y abordaré al ministerio tal como ha sugerido.

Suspiré con alivio. Si tan solo supieran lo cerca que habían estado de agotar nuestra paciencia... Si hay algo que los cygnianos no pueden soportar son los aires de superioridad. Demasiado a menudo han precedido atrocidades y excusas racionales para la opresión. Los sadiri no cambiarían de la mañana a la noche, pero al menos era un comienzo.

—«Eran morenos, y de ojos dorados» —dijo Dllenahkh en voz baja.

—Mis ojos son marrones —respondí, sorprendida de oír a un sadiri decir algo tan absurdo.

—Tengo entendido que en la Tierra, el oro se considera un metal raro y precioso. Ser dorado es ser especial, valorado

—me miró—. Para mí, sus ojos son dorados, porque han percibido quiénes somos en realidad.

No dije nada. Abrí la boca, fui incapaz de respirar y bajé la vista para apartarme de aquella intensa mirada. Era muy dolorosa, como un sol brillante sobre una piel tierna, brillante y cegador con la belleza de lo que se ha perdido y lo que queda. Durante un momento, la sangre de mis antepasados lanzó un grito de empatía y casi me puse en evidencia llorando delante de un sadiri.

Me mordí los labios, me recuperé, y el momento pasó. Entonces puse el coche en marcha, y viajamos hasta la siguiente granja lejana.

—¿Qué es esto?

El correo y secretario del departamento se volvió a mirar el sobre que había arrojado sobre mi mesa.

—¿Cómo voy a saberlo?

Lo miré de arriba abajo. Gilroy era un joven delgado, demasiado alto aunque aún estaba creciendo, y asolado por una cojera resultado de una mala rotura en una granja lejana, a días de distancia de unas atenciones médicas avanzadas. Dedicó todas las energías que debería haber invertido en marcar ganado al chismorreo..., lo siento, a recopilar información. Cogí el sobre y tiré de los extremos de los lazos del sello, mientras lo miraba de modo significativo.

—Bueno... de acuerdo —dijo él. Hizo su habitual gesto precursor de un chisme jugoso: una rápida mirada alrededor para asegurarse de que nadie podía enterarse—. Tengo entendido que le has causado una buena impresión a alguien. Y que vas a tener un ligero cambio de trabajo.

Fruncí el ceño, con temor ahora. La primera asistente biotécnica era nueva en su puesto. A menos que fuera a pillarse un permiso por maternidad o la hubieran despedido, era imposible que yo ocupara su puesto... Ni tampoco lo quería. Solo puedo soportar una cantidad limitada de papeleo antes de sentir la necesidad desesperada de salir a visitar las granjas. Y era



absolutamente imposible que me nombraran jefe. ¿Qué otros giros eran posibles en el rumbo de mi carrera?

Advertí que Gilroy me estaba mirando, y sonreía al ver el pánico que yo no me había molestado en ocultar.

—Bien, gracias, cierra la puerta al marcharte —dije, mientras lo despedía con brusquedad.

Cerré los ojos y giré en mi asiento una vez más, tal vez intentando aliviar mi ansiedad, tal vez intentando algún extraño ritual inventado para atraer la suerte. Entonces rompí el sello y saqué mis órdenes.

—¿Que quieren que haga qué?

Como si siguiera una pista, mi monitor trinó y lanzó un destello. Miré con irritación la bandeja de mensajes, y luego mis ojos se abrieron como platos y abrí el canal.

—Aquí Delarua.

—Segunda ayudante Delarua, imagino que ya habrá abierto su correspondencia.

Mi jefa intenta salirse con la suya haciéndose la simpática. Es bajita y gruesa, con grandes mofletes redondos y profundos hoyuelos. No engaña a nadie. Cuantos más hoyuelos, más seguro estás de que te ha jodido.

—Jefa, no me puedo creer que no discutiera esto conmigo primero. ¿Qué pasó con el Departamento de Guía de Relaciones Humanas y Vocacionales? ¿Se han muerto todos de peste allí? ¿Están en coma? ¿Tienen amnesia?

Mientras expresaba mi frustración me contuve un poco. Por peligrosos que fueran los hoyuelos, era peor si decías algo que los hiciera desaparecer por completo. Mi jefa no permitía que los subordinados se tomaran libertades.

—Lo siento, encanto. Esto ha venido de arriba. —Se encogió de hombros—. Es solo durante un año. ¿Por qué no lo ves como una oportunidad para ampliar tu currículum vitae?

—¡Mi especialidad es la biotécnica! ¡Cuanto más me aleje de mi campo, más sufre mi currículo...! ¡Usted lo sabe bien! —Entorné los ojos—. Espere un momento. ¿Alguien por encima de usted medró con la estructura del personal de su departamento, y sigue sonriendo?

Sentí que me moría. Mi estómago estaba todavía en caída libre.

—¿Quería deshacerse de mí? ¿Por qué no dijo...?

—¡Delarua, relájese! No tengo ningún problema con usted ni con su trabajo. Y, sí, no estoy destrozada, pero es por quién va a ser su sustituta.

Entonces pronunció el nombre de la doctora Freyda Mar, un nombre que no significará nada para ustedes ni, seamos sinceros, para la mayoría de los cygnianos, pero para aquellos que conocen las últimas investigaciones en el campo de la biotécnica, era casi como si Albert Einstein hubiera decidido tomarse un año sabático como investigador y, en su lugar, dedicarse a enseñar ciencias en secundaria.

—¿Ella? ¿Para qué quiere mi trabajo de mierda...? Lo siento, jefa, pero incluso usted debe admitir que el trabajo menos glamuroso del departamento me cae encima. Quiero decir..., cultivos hidropónicos, e inspecciones de sanidad, y alcantari-lado, y conducir cientos de kilómetros, y a veces dormir en graneros si tienes suerte y en el coche si no la tienes. Quiero decir, sí, me gusta, pero todo el mundo me conoce por mis rarezas.

—Bueno, tal vez ella sea rara también. Quiere escribir un libro sobre las aplicaciones prácticas de su investigación. Más poder para ella, digo yo. Siempre he dicho que los académicos deberían mancharse un poco las botas de barro de vez en cuando.

Inspiré profundamente. Si Freyda Mar venía a ocupar mi

puesto durante un año, era imposible que me librara de aquella.

—Bien. Veo que aún me quedan dos meses por delante. ¿Cuándo viene la doctora Mar?

—Dentro de un mes. Tendrá usted el honor de mostrarle la situación.

La idea de que yo (yo) le enseñara a la doctora Freyda Mar cómo hacer mi trabajo durante un mes entero llenó de tanta emoción mi alma técnica que me olvidé por completo de que tenía que marcharme durante un año entero para ir... ¿adónde? ¿A buscar una aguja en un pajar entre la antropología y la diplomacia?

Pasó la segunda mitad de la semana y me dirigí a la oficina de Dllenahkh a la hora habitual para discutir los horarios de inspecciones. Me detuve un momento ante su puerta, preguntándome cómo reaccionaría ante la noticia de mi nuevo destino, pero fue durante un momento. El secretario de Dllenahkh era de la escuela Gilroy: joven, delgaducho y más que curioso ante mi vacilación.

—El consejero Dllenahkh la está esperando —informó con amabilidad.

—Gracias, Joral —murmuré. Y entré.

Intenté explicarle a Dllenahkh lo que creía que iba a suceder: mi traslado, mi sustitución y todo eso. Mantuve un tono neutral: no creo que haya que comportarse con enfado ni alegría en asuntos relacionados con el trabajo, sobre todo con la gente que no pertenece a mi departamento. Él se inclinó hacia delante, colocó los codos sobre la mesa y se miró los dedos en silencio durante un rato. En ese intervalo, me di cuenta por fin de que no estaba sorprendido en lo más mínimo.

—Oh. Oh, no. Oh...

Empecé a maldecir. Una de las ventajas de que los idiomas

sean tu afición es que puedes tardar un buen rato en quedarte sin imprecaciones. Ni siquiera había agotado mi lista de las lenguas muertas que conocía cuando me detuve a tomar aire y Dllenahkh intervino, al parecer dirigiéndose todavía a sus dedos.

—¿Es posible que esté enfadada conmigo, segunda ayudante Delarua?

—¿Podría ser que esté usted riéndose de mí, consejero Dllenahkh? ¿Es usted el motivo de esta complicación en mi vida? ¡Por favor, explíqueme esta locura!

Su entrecejo se unió durante un instante, borrando la leve sugerencia de diversión contenida que tanto me había irritado, y por fin me miró a la cara.

—Temo que todavía no la hayan informado del todo. Sin duda su superiora le habrá comunicado todo lo que sabe, y un *dossier* más detallado sobre la misión vendrá de camino. Le aseguro que esto no es ninguna locura.

Se levantó y se acercó al arcaico mapa que mostraba la provincia de Tlaxce y las regiones que la rodeaban. Se colocó delante, se llevó las manos a la espalda y soltó un gran suspiro que me cogió por sorpresa.

—Antes de comenzar, no le he agradecido adecuadamente su recomendación de que buscáramos la ayuda del Ministerio de Planificación y Mantenimiento Familiar. Como resultado, algunos de los casos de custodia están siendo revisados, y se ofrece asesoramiento a los padres y las familias implicadas. Aunque es improbable que todos los casos se resuelvan de manera amistosa, la situación es menos tensa que antes. Es más, cualquier futuro intento de asociación intercultural se canalizará a través de los programas del ministerio para ese propósito.

—No está mal —dije, con satisfacción y calma—. Llevan

estableciendo y manteniendo uniones desde hace generaciones. Son bastante buenos en lo que hacen... No son perfectos, pero siempre es mejor que nada.

Volvió a lanzarme una mirada furtiva, y luego alzó una mano para indicar las provincias.

—Tlaxce, que es la más grande, es también una de las provincias más homogéneas desde el punto de vista genético, debido a la presencia de la capital y del espaciopuerto principal. Nos han aconsejado que si buscamos cygnianos con un alto porcentaje de herencia genética tasadiri, deberíamos ir a las regiones exteriores de las provincias vecinas.

—¿Todavía aferrándose a su concepto de pureza? —dije en voz baja.

Dllenahkh se volvió y me miró de un modo que interpreté que quería decir: «Cuando pierdas tu hogar y todo lo demás menos un pequeño resto de tu pueblo, podrás sentirte libre para dar consejos sobre la ética de la pureza».

Bajé la mirada.

—Bien, la misión es encontrar grupos cygnianos que sean más tasadiri que la media —parafraseé mansamente.

—Su facilidad para los lenguajes de Cygnus Beta es lo que me llevó a recomendar que fuera nuestro enlace. Eso, y su capacidad de reflexión.

Primero el palo y luego la zanahoria. Había desarrollado bastante talento manipulando a los cygnianos con unos cuantos halagos, pensé con amargura.

—¿Y qué papel desempeñará usted?

—Tengo autorización para evaluar los asentamientos y la gente a la que encontremos, y decidir si nos resultaría más eficaz unirnos a esos asentamientos o animar a las potenciales esposas a mudarse al que tenemos aquí en Tlaxce.

Aunque Dllenahkh nunca caería en la petulancia, había en

su tono cierta certidumbre que sugería que ya sabía cuál sería la decisión obvia.

Echó un último vistazo al mapa y volvió a sentarse tras su escritorio.

—La primera ayudante de la biotécnica jefa es un año más joven que usted y es probable que sirva en su puesto al menos otros cinco años. La biotécnica jefa no se retirará hasta al menos dentro de otros doce años. Todos los puestos superiores del departamento requieren mayor experiencia en la gestión y menos capacidades técnicas. Calculé que había pocas probabilidades de que su carrera resultara dañada, y... he advertido que nuestros viajes de campo le proporcionan cierta cantidad de diversión. Espero no haber malinterpretado el caso.

Había un levísimo atisbo, una mínima sugerencia de humildad y de preocupación en su mirada.

Me encogí de hombros.

—Lamento haber maldecido de esa forma. Estaba en estado de choque. Tengo la seguridad de que todo saldrá bien.

Él asintió.

—Excelente. Entonces comencemos nuestras rondas, y le iré hablando sobre el resto del personal que compone la misión.

¡Lo que no me dijo, lo que habría sido más útil, fue el nombre del pez gordo que había conseguido aumentar los hoyuelos de las mejillas de mi jefa con el soborno de Freyda Mar! Porque, déjenme que les diga, quiero besar a esa persona. Ya estábamos deslumbrados y deseando darle la bienvenida a la profesora más excéntrica, abstraída, bebedora de oporto y capaz de enfundarse calcetines hasta las rodillas que jamás hubiera salido de la Universidad de Tlaxce. Pero Freyda Mar vestía como una persona normal, bebía agua, se acordaba de todo y... bueno, era un poco excéntrica, pero de un modo que todo el mundo podía apreciar.

Tenía un sorprendente parecido a una alta y madura Malvada Bruja del Oeste, aunque, por supuesto, no era verde. Unos pocos días antes de nuestro primer viaje de campo, miré su largo y ondulado pelo negro, y todo lo que pude decir fue:

—¿Está segura?

Ella echó un vistazo a mis cabellos, que llevo muy cortos.

—¿Sabe? Tiene razón.

Entonces me voy a buscar café para la pausa de media mañana y, cuando vuelvo, las tijeras están fuera del cajón y sobre la mesa, y la papelera está a rebosar de un metro de cabellos. Ya les digo, me quedé con la boca abierta, pero ella tan solo se rio de mí y me quitó las tazas de la mano antes de que se me cayeran.

A pesar de todo eso, parecía un poco nerviosa por trabajar con los sadiri, así que le ofrecí una rápida y casual puesta al día mientras ella, apurada, apuntaba notas en su palmar.

—Confíe en mí: causará sensación. No charlan de nimiedades y tienen una constante necesidad de datos intelectuales, así que siéntase libre de discutir su trabajo en detalle. Deje que ellos hagan las tareas pesadas: tienen la constitución adecuada para ello, que da la alta gravedad, y les encanta alardear de su fuerza física. No intente estrecharles la mano. No le toque la cabeza a nadie, sobre todo el pelo. Eso es un gran no-no.

—¿Costumbre? ¿O algo más? —preguntó ella, deteniéndose a media frase.

—Muy sagaz por su parte —dije, con gesto aprobador—. No lo sé con seguridad, pero creo que puede tener algo que ver con la telepatía.

Ella asintió. Parecía pensativa y mucho más relajada.

—Hace años me pasé algún tiempo investigando en una universidad del sistema Punartam. Allí conocí a un piloto de nave mental sadiri. Siempre llevaba guantes, y siempre tenía la

cabeza cubierta. Al principio pensé que era algo cultural, pero tal vez sea otra cosa.

Freyda acababa de demostrar que era la típica técnica. Pídele que recuerde algunas reglas arbitrarias de etiqueta extranjeras, y se echará a temblar. Dale una posible explicación científica para una conducta social, y estará encantada.

Los viajes de campo son una auténtica prueba de carácter, y yo no tenía ni idea de cómo soportaría los largos y a veces aburridos trayectos. Pronto descubrí que podía hacerle cantar cualquier musical o cualquier ópera, en voz muy alta, mientras el coche avanzaba, y a veces yo me unía, aunque con menos chorro de voz y habilidad. El pobre Dllenahkh, que estaba acostumbrado a viajes mucho más tranquilos, nos miraba de reojo con expresión de horror. Pero incluso Dllenahkh acabó por apreciarla cuando pasó a modo técnico. La escuchaba con mucha, mucha atención, sus estaturas casi parejas, asintiendo una y otra vez mientras ella soltaba una perorata sobre algún aspecto de su última teoría. En un momento dado, pude jurar que lo veía mirarla casi embobado, como si hubiera dejado de escuchar el contenido de sus palabras y estuviera pensando en otra cosa.

Estaba preparándome para burlarme de él diciéndole que estaba colgado de ella para rivalizar con mi cuelgue profesional, pero entonces me pilló por sorpresa la semana siguiente. Esperaba que Kavelan lo sustituyera como enlace, pues era un joven pero sereno subordinado a quien había tratado varias veces el año pasado o así. En cambio, apareció un rostro completamente nuevo. Era difícil calcular su edad, pero por su aura de madurez supuse que estaba más cercano a la edad de Dllenahkh que a la del varón sadiri medio de las granjas.

Dllenahkh hizo las presentaciones.

—Este es mi sustituto, el doctor Lanuri. A partir de ahora nos acompañará en las inspecciones.



El doctor Lanuri inclinó la cabeza, y Freyda y yo hicimos lo propio. Tenía arrugas en la cara que daban toda la impresión de ser producto de la risa, pero, si lo eran, hacía mucho tiempo que no se ejercitaban. Seguía teniendo una expresión ligeramente vacía de profunda depresión que había caracterizado a Dllenahkh y a muchos otros sadiri durante los primeros días de asentamiento.

Ojalá pudiera decir que tuve la oportunidad de conocerlo mejor, pero después de un rápido repaso al calendario de inspecciones, Dllenahkh nos condujo no a un vehículo de tierra, sino a dos.

—Como nuestros vehículos deben servir ocasionalmente como refugios temporales —dijo—, no juzgué demasiado aconsejable ser demasiado estrictos con el límite de pasajeros. Por tanto, cada equipo irá en su propio vehículo de tierra. Los sistemas de navegación están enlazados. Les deseo un viaje agradable y seguro, doctor Lanuri, doctora Mar.

Y entonces se encaminó hacia un coche con lo que parecía una prisa antinatural y poco digna, para tratarse de un sadiri. Lo seguí, con cierta perplejidad ante su formal e innecesaria despedida del doctor Lanuri (al fin y al cabo, el primer tramo de nuestras rondas solo llevaba dos horas de viaje), y preguntándome si me había imaginado un brillo exasperado en los ojos del doctor Lanuri, como el que habitualmente me dirige mi madre cuando empieza a insinuar que no estaría mal que le diera un segundo yerno y más nietos.

—¿Sabe? —le dije cuando nos pusimos en marcha—. Estoy pensando que el Ministerio de Planificación y Mantenimiento Familiar sería más sutil que usted. Tal vez debería dejar que sean ellos los casamenteros.

Dllenahkh se hizo el ofendido, pero su conducta olía demasiado a satisfacción como para resultar convincente.

—No comprendo qué quiere decir con eso. Es más conveniente que la doctora Mar y el doctor Lanuri vayan juntos en un vehículo, para que puedan iniciar el proceso de «construcción de equipo» que es tan importante para los cygnianos.

—Ajá —repliqué con profundo sarcasmo.

La doctora Mar, como cualquier urbanita, era suficientemente culta para reducir su entusiasmo natural a un volumen y una frecuencia que su nuevo colega pudiera apreciar, lo que quiere decir que parecían tener una buena conexión al final de las dos primeras horas. Con todo, cuando a la semana siguiente partimos a nuestro destino un poco por delante de los demás tuve la impresión de que oíamos cantar (ópera, en voz alta) en el segundo vehículo de tierra. Por supuesto, para cuando el coche se detuvo y las puertas se abrieron, solo había una tranquila charla profesional entre ambos.

Miré sorprendida a Dllenahkh. Él se limitó a alzar las cejas de un modo que equivalía a «Ya se lo dije».

—¿Cómo lo ha logrado? —pregunté cuando los otros no pudieron oírme.

—¿Lograr qué? —preguntó él con frío tono burlón.

—¿Cómo sabía que conectarían? Eso requiere un nivel de intuición que no me parece probable en la metódica mente sádiri.

—Extrapolé a partir de lo que sabía de la difunta esposa del doctor Lanuri. Se parecía mucho a la doctora Mar, en modales y aspecto. Lanuri lo ha tenido... difícil desde la muerte de su esposa. Esperaba que pudiera encontrar solaz en compañía de la doctora Mar, y, permítame que lo admita, quizás incluso considerar la posibilidad de volver a casarse.

Cualquier otro día eso habría significado más burlas sobre si era un casamentero, pero ese día estaba de un humor de perros.

—Así que incluso los hombres sadiri consideran que las mujeres son intercambiables —rezongué entre dientes.

—No he dicho eso —murmuró él, mirándome extrañado. Agité la mano, intentando descartar las palabras.

—Perdóneme. Estaba pensando en otra cosa, algo irrelevante. Bien, así que la segunda esposa es a menudo muy parecida en temperamento y aspecto a la primera esposa.

—Sí. La primera relación, en cierto modo, no se rompe nunca y busca constantemente al compañero ausente. Casarse con alguien similar atenúa parte del choque, y ayuda con el proceso del duelo.

—Hay quien cree que los sadiri viudos se marchitan y mueren —observé, refiriéndome a un tropo común en la literatura y el drama cygnianos.

—Eso sería inadecuado —respondió Dllenahkh, infundiendo a la palabra un tono de disgusto que era nuevo—. Hay grados de profundidad de relación. Todos los sadiri experimentan un vínculo con los demás, y hay rituales que profundizan la conexión. La ceremonia del matrimonio es solo uno de ellos. Sin embargo, puedes estar conectado telepáticamente con alguien con quien es difícil vivir en paz. La capacidad de conocer la mente de otro no excluye la posibilidad de no comprenderla.

—Buen argumento —repliqué. No se dijo, pero quedó sobrentendido, que ningún sadiri se tomaría el egoísta lujo de elegir la muerte como vía de escape al dolor emocional. Todos eran deudos, y ahora la vida era la prioridad.

Las inspecciones de la semana siguiente fueron mera rutina. El doctor Lanuri parecía ligeramente menos deprimido, y Freyda se mostraba tan alegre y profesional como siempre. No era gran cosa. Pillé a Dllenahkh con expresión preocupada.

—Solo acaban de conocerse —le dije—. ¿De verdad que esperaba amor a primera vista?

—Hum —respondió él—. ¿Ha dado la doctora Mar alguna indicación...? —Fue incapaz de completar la frase, pero comprendí lo que estaba preguntando.

Yo estaba horrorizada. Solo levemente horrorizada, en realidad, pero le seguí la corriente porque escasean las ocasiones en que Dllenahkh se comporta de un modo diferente del del consumado sabio sadiri.

—No me puedo creer que me haya preguntado eso. Es grosero incluso para los baremos cygnianos.

Él frunció un poco más el ceño y cambió de tema.

Pero lo averigüé. No preguntando (no soy tan inquisitiva), sino gracias al alcohol, y ni siquiera mi alcohol, así que en realidad no fue culpa mía. El último día de nuestras inspecciones juntos, Freyda me mostró una botella de una fuerte cosecha cygniana que tenía oculta en la mochila. Cogimos un vehículo de tierra para nosotros y pusimos el piloto automático y la navegación al mando.

Entonces comenzamos a charlar. Le conté lo que pensaba de la misión, que era esencialmente una pérdida de tiempo, pero que al menos me pagaban por recorrer el mundo durante un año, y los sadiri tendrían la satisfacción de saber que habían investigado todas las posibilidades. Ella me contó que estaba harta del mundo académico y que tomarse un año sabático para escribir un libro parecía un poco blando, pero de ese modo estaría fuera durante un año y conservaría el sabático para escribir, con lo que no se mantendría alejada de la universidad durante un año, sino dos.

El vino entró suavemente. Descubrí que había un poco de tasadiri en sus ancestros. Ella descubrió que yo tenía suficiente ntshune en los míos para que empezara a darnos la risa. ¿Han oído decir que la risa es contagiosa? Bueno, muchos cygnianos de origen ntshune tienen el don de hacer reír a la gente con

ganas, lo que probablemente sea algún tipo de retroalimentación emocional inintencionado.

Pasamos la siguiente inspección conteniendo la risa mientras los sadiri nos miraban sorprendidos.

El siguiente viaje estuvo dedicado a charlas más sobrias. Ella dijo que había estado prometida, pero que tomaron la decisión mutua de no casarse después de que su carrera académica despegara, lo que la dejó atada a la ciudad y a su prometido deseando todavía vivir la vida del colono. Le conté que yo también había estado prometida, y que también rompimos de mutuo acuerdo, aunque mi carrera no era en modo alguno tan ilustre como la suya.

—Todavía tienes tiempo —dijo con generosidad.

Al principio pensé que estaba hablando de mi carrera, y me sentí halagada, pero luego me di cuenta de que se refería a tener una familia, y me sentí un poco menos halagada.

—Bueno, ¿y tú? ¿Has pensado en retirarte pronto y volver a ser ama de casa en una colonia?

Ella pareció cohibida.

—Supongo que podría registrar mi nombre en el Ministerio de Planificación y Mantenimiento Familiar, pero sigo enamorándome de los hombres equivocados y me distraigo.

Las palabras eran generales, pero había algo en la culpa que cruzó su rostro que me hizo contener el aliento y farfullar:

—¿Lanuri?

Por primera vez, oí amargura en su risa.

—¡Espero no ser tan obvia!

—¡No! No, no lo eres. Es que..., bueno, parece que os lleváis bien, y... hmm... Por cierto, ¿cómo muestran los sadiri que les importa?

Ella se echó hacia atrás los ásperos rizados de su pelo corto y frunció el ceño.

—¡Bueno, estoy segura de que no mencionan a todas horas lo hermosas, inteligentes y completamente irremplazables que son sus difuntas esposas!

—Oh —dije con tristeza.

—Sí, soy una persona triste y enferma, celosa de una mujer que murió en el mayor ataque genocida desde..., bueno, desde que se fundó Cygnus Beta. Y si dices una palabra de esto... —concluyó bruscamente, y llegó la hora de cambiar de tema.

Volvimos un poco antes que los otros dos, y en vez de sentarnos y esperar fuera convencimos a Joral de que nos dejara trasladar la fiesta de despedida al despacho de Dllenahkh. El resto del lugar estaba vacío (los viajes de inspección a menudo nos ocupaban hasta mucho después de que acabara la jornada laboral), así que dejamos la puerta abierta, pusimos los pies sobre su mesa en una especie de acto de rebelión contra todas las sensibilidades sadiri y nos pusimos a terminar con el vino.

Después de que pasara una breve media hora, oímos la voz entre susurros de Joral a través de la puerta abierta.

—La doctora Mar y la segunda ayudante Delarua parecen enzarzadas en algún tipo de ritual femenino.

—¿En mi despacho? —fue la divertida respuesta de Dllenahkh. Creo que ambas estábamos imaginando la expresión de su rostro, porque nos lanzamos a otro ataque de risas que puso fin a cualquier ilusión de profesionalidad.

Por fortuna, esa no fue la despedida final. Tuvimos una bonita, sobria y adecuada despedida una semana más tarde en la principal estación de tren de la ciudad. Gilda estaba allí, y el doctor Lanuri y Freyda. Abracé a Gilda con fuerza, tomando nota mental de enviarles muchas baratijas de recuerdo a sus niños, y recibí besos en la mejilla por parte de Freyda, mientras no paraba de pensar: «¡Soy colega de copas de Freyda Mar! ¡Qué

fuerte!». Nos dimos la mano brevemente e intercambiamos miradas. La de ella decía: «No le digas a nadie lo patética que soy». Y la mía decía: «Tranquila, no eres patética. Lo harás bien».

Los tres hombres sadiri, Lanuri, Dllenahkh y Joral, se mantenían un poco apartados, haciendo sus sombrías despedidas, mucho más absortos en el significado de la misión y sus esperanzas de éxito que ninguna trivial tristeza por la ausencia temporal de un colega. Sentí un pequeño sobresalto cuando los miré, una súbita consciencia de la loca realidad que los había traído aquí, un destello de reflexión sobre cómo la muerte y la devastación había reformado por completo sus vidas y destinos. Como Freyda, de repente me sentí tonta por molestarme con ellos por un pequeño asunto de amor no correspondido.

Subimos a bordo del tren y encontramos nuestros asientos. Apoyé la cabeza contra la ventanilla, mirando a Freyda mientras ella se entretenía para darnos un último adiós, conteniendo las lágrimas. Tonterías casamenteras... Y ahora ella tendría un año para sufrirlo, fingiendo que sus sentimientos no existían. Me sentía enfadada con Dllenahkh. Ponerle delante a un varón sadiri que estaba emocionalmente fuera de su alcance (ja, eso sí que era una tautología, si alguna vez hubo una) era más que cruel: era irresponsable. Pensé en los fallidos intentos de cortejo que habían dejado marañas que ni siquiera el Ministerio podría soltar. ¿Sería alguno de ellos capaz de formar uniones formales, uniones basadas en algo más que la desesperada necesidad de mantener viva su herencia cultural y genética? ¿Admitirían alguna vez los sadiri que necesitaban terapia?

Mi lucha con mis emociones no pasó desapercibida.

—Echará mucho de menos a la doctora Freyda —dijo Joral, examinando mi rostro con curiosidad.

—Sí —dije, con tono firme, calmado y neutral—. Ojalá pudiera haber tenido más tiempo para trabajar con ella.

Joral asintió, comprensivo.

—El doctor Lanuri habla a menudo de ella. Creo que casi la considera sadiri por su claridad y profundidad de pensamiento. Es más, dice que su aspecto es muy agradable, y que en muchos aspectos le recuerda a su difunta esposa...

—¡Joral! —le reprendió Dllenahkh.

—Pero si es cierto. Solo estoy repitiendo lo que el doctor Lanuri ha dicho en varias...

Lo miré, y de repente todos los fragmentos que conocía se unieron en una *Gestalt* que no se parecía a nada de lo que había asumido al principio.

—Joral —dijo Dllenahkh con severidad—, no es apropiado discutir...

—¡Joral, tiene usted más sentido que ninguno de nosotros! —exclamé. Me levanté de un salto y corrí hacia la puerta, me detuve resbalando, volví a agarrar al sorprendido joven por la cara y plantarle un beso en la frente, y luego eché de nuevo a correr. Freyda acababa de darse la vuelta para marcharse del andén. Le pegué un grito y ella se volvió a mirarme sorprendida.

—¡Te quiere, le recuerdas a su esposa, nunca lo admitirá, es una estúpida cosa sadiri, depende de ti! ¡Vamos, vamos, VAMOS!

Ella me miró boquiabierta, sus ojos se fueron abriendo gradualmente cada vez más durante mi susurrado galimatías y acabaron llenándose de lágrimas, y la boca abierta se convirtió en una amplia sonrisa. Le di un rápido abrazo y corrí para escabullirme entre las puertas de mi vagón antes de que se cerrasen.

Regresé a mi asiento con una sonrisita de triunfo agridulce. Dllenahkh me miró con una expresión extraña que no pude interpretar del todo, pero no me importó. Estaba pensando en



el año que teníamos por delante y esperaba que al menos hubiera un final feliz para una amiga.

Joral se inclinó hacia delante y dijo, muy serio:

—Parece muy triste por tener que marcharse. No importa si quiere llorar, primera oficial Delarua. No pensaremos mal de usted. Comprendemos que es una conducta común en muchas mujeres terrestres.

—Bueno, soy cygniana —repliqué—. Y no iba a llorar.

Lo juro, nada me irrita más que ponerme demasiado emotiva delante de un sadiri. Hacen que te sientas como una tonta.

Dllenahkh tosió, casi pidiendo disculpas.

—Primera oficial Delarua, sugirió usted en una ocasión que yo le había complicado la vida al pedir que la asignaran a esta misión. ¿Se da ahora el caso de que empieza a disfrutar de las complicaciones?

—Eso que muestra es una veta de hijoputez casi cygniana, Dllenahkh —le advertí con una sonrisita de reconocimiento.

Él se irguió levemente, y sus cejas se alzaron una fracción ante el taimado insulto. Entonces el tren arrancó y nos marchamos para comenzar nuestra gran aventura, dar la vuelta al mundo en un año estándar.

### *Hora cero más once meses y veintiocho días*

El tiempo estándar lo inventaron los pilotos sadiri. La mayoría de los procedimientos y cualificaciones sadiri seguían líneas rectas y progresiones lineales, creadas para la conveniencia de los diez dedos. Pero el tiempo..., el tiempo pertenecía a un reino superior. No podía ser transportado en manos humanas, no mientras llevara constantemente mentes humanas. Era todo círculos, ruedas dentro de ruedas, un año estándar de tres-

cientos sesenta y seis días estándar enroscados en doce meses, que a su vez estaban compuestos por los pequeños torbellinos de doce horas de día y doce horas de noche, diminutos minutos y segundos giratorios, continuos alientos y parpadeos y latidos.

Ser descrito como poseedor de una mente de piloto era a la vez una maldición y un cumplido: podía significar que eras incapaz de notar la diferencia entre profecía, recuerdo y mero *déjà vu*.

Dllenahkh sabía que había pasado casi un año estándar desde la destrucción de su hogar y su vida. Lo sabía, pero no como un recuerdo, sino como el vago temor de una muerte posible, una muerte que aún estaba por venir. Dejó a un lado el pensamiento y la sensación mientras aún podía respirar y, en cambio, se concentró en el presente. El tren vibraba suavemente, las ventanillas llenas del rico color negro de una noche sin luna en mitad de la campiña. Delarua ya se había retirado al coche-cama, y los había dejado para que continuaran con su trabajo. Dllenahkh miraba la tranquilizadora oscuridad, luego se obligó a examinar una vez más la pantalla de su palmar. La luz ambiental era demasiado tenue y la pantalla demasiado brillante... pero admitió que tal vez no era ahí donde residía la culpa. La pequeña tensión que había alrededor de sus ojos podía estar causada por el hecho de que miraba con demasiada intensidad los informes y apuntes, como si deseara que creasen el mundo que quería que existiera.

A puerta cerrada, el Consejo había debatido sobre la propuesta de la misión con una mezquindad y falta de dirección que rivalizaba con los inmaduros jóvenes a quienes decían representar y gobernar. Pero claro, por lo que había visto y oído, el gobierno de Nueva Sadira tampoco lo estaba haciendo mucho mejor, algo que le parecía tranquilizador y desazonador a

partes iguales. Si la respuesta del gobierno cygniano hubiera sido algo tibia, la misión habría sido cancelada, pero se habían mostrado entusiastas, ofreciendo especialistas, fondos y recursos hasta que el proyecto ganó un impulso imparable, e incluso los consejeros más cínicos se ablandaron.

Esperanza: esa era la clave. Todos se aferraban a clavos ardiendo, desesperados y ahogándose, y luego lo hacían a un nuevo grupo de clavos. Era agotador. Era todo lo que tenían. Naraldi decía que era importante seguir avanzando: sí, avanzando, agarrándose a un clavo cada vez. Era un consejo enormemente irónico, pero útil, y algo a lo que aferrarse, ahora que Naraldi estaba fuera en su propia misión, más allá del alcance de ningún comunicador o mensajero. ¿Sus últimas palabras, tal vez? No, eso nunca. Esperaba que Naraldi tuviera un buen viaje y un buen regreso. ¿Qué era un clavo más que añadir al resto?

—La primera oficial Delarua no es lo que esperaba —musitó Joral.

Dllenahkh mantuvo la cabeza inclinada sobre el calendario de la misión. A veces era mejor no picar cuando Joral caía en su costumbre de pensar en voz alta.

—Me besó.

Dllenahkh miró al joven. Como declaración era inocua, pero el rostro de Joral tenía ese gesto de ansiosa reflexión que usaba cada vez que se hablaba de mujeres.

—Es demasiado mayor para ti —replicó con tono firme, aunque no desagradable—. Ahora repasemos de nuevo los informes de Acora, Sibon y Candirú. Me gustaría que estuviéramos completamente preparados cuando nos reunamos con nuestros nuevos colegas.